

T E X T O S

UNAS PAGINAS DE CORIOLANO ALBERINI

Con propósito documental presentamos unas páginas de Coriolano Alberini, que versan acerca de la filosofía de Hermann Keyserling. Fueron escritas en 1929 y aparecieron publicadas en el diario "Crítica" en ediciones sucesivas, desde el 26 de setiembre hasta el 2 de octubre de aquel año. Se rescata de este modo de la penumbra de un diario extinguido los artículos del entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras, elaborados con ocasión de la visita que hizo Keyserling a la Argentina.

Más que presentar al lector la figura del Dr. Alberini, de cuyas trazas biográficas y de sus ideas filosóficas nos hemos ocupado en el primer número de este *Anuario de historia del pensamiento argentino* (Págs. 113-150), parece oportuno recordar la ocasión en que fueron escritas estas páginas. En el mes de mayo de 1929, se anunciaba en Buenos Aires el viaje a la Argentina del conde Hermann Keyserling. Por aquellos años el prestigio de este pensador estaba en su esplendor. Había nacido en 1880 en Koenno, Lituania y tras de una vida con muchas alternativas y andanzas viajeras falleció en 1946. Pertenecía a una antigua familia aristocrática. Desde joven había dedicado sus mejores esfuerzos al pensamiento filosófico. Trataba de desentrañar o intuir el "sentido" profundo que anima la vida de los pueblos, hombres, culturas, obras y teorías, e indagaba las semejanzas ocultas bajo las diversidades aparentes.

Keyserling llegó a la Argentina precedido por algunas de sus obras principales, tales como la *Trama del mundo* (1906), *Inmortalidad* (1907), *Diario de viaje de un filósofo* (1918), *Filosofía de arte* (1920), *Conocimiento creador* (1922), *Política, economía y sabiduría* (1922). En 1920 había fundado en Darmstadt, apoyado por el duque de Hesse, su "Escuela de la sabiduría". Viajero incansable, sus andanzas estudiantosas se extendieron por todo el mundo, en busca del sentido de la vida de sus pueblos. Tras de haber estudiado los rasgos característicos

del pueblo norteamericano (*Norteamérica liberada*, 1930), llegaba a Sudamérica y a la Argentina, en busca de observaciones directas. De sus indagaciones intuitivas habría de nacer años después, en 1932, su libro *Meditaciones sudamericanas*. Otras obras se allegaron posteriormente, entre las que recordamos *La vida íntima* (1933), *El libro de la vida personal* (1936), *Consideraciones surgidas en la calma y en la meditación* (1948) y otras obras.

Gozaba Keyserling de gran popularidad cuando llegó a la Argentina. Ello se debía a razones explicables: en primer lugar, porque era un pensador atento a los problemas y cambios de la vida contemporánea y actual. Poseía una gran sensibilidad para captar las coordenadas de sentido y significaciones de los acontecimientos de palpitante actualidad. Por otra parte, le interesaban los aspectos prácticos y morales de la filosofía, la sabiduría de los hombres y su experiencia cósmica. Mundanizaba, o si se prefiere, exclaustraba los temas filosóficos que la mayoría de los filósofos de la época y de todos los tiempos trataban en forma abstracta. Quizá no haya sido ajeno a su popularidad su índole viajera, que hizo que su espíritu pasara por el mundo y el mundo por su espíritu, a diferencia de los filósofos que son por lo general sedentarios. Por cierto, sus condiciones de escritor, su estilo ágil, claro y vital ayudaron a su prestigio. En Alemania existían personalidades filosóficas de mayor valor, y a la larga de influencia más profunda, aunque sin difusión popular.

En Buenos Aires, en el mes de julio, Keyserling dictó en la Facultad de Filosofía y Letras una serie de conferencias, a las que se añade en los artículos de Alberini. En el Instituto Libre de Segunda Enseñanza habló de "Inspiración y educación". Alberini, que lo presentó, dijo estas palabras justas, que trasladamos del diario "La Nación", del 13 de julio de 1929: "Rasgo relevante de personalidad de Keyserling es no sólo el de figurar entre los pensadores más originales de nuestra época, sino el de haber logrado excluir la meditación filológica merced a un esfuerzo que incide, especialmente, sobre el problema que más inquieta a la humanidad, o sea el del sentido y valor de la vida. Nuestro filósofo elude el tecnicismo de la cátedra hermética y siempre piensa frente a singularidades morales de nuestra época, cuyo significado y destino aferra con garra intuitiva y ademán elegante. Es un filósofo con ímpetu contagioso de caudillo espiritual. Por eso ha conseguido llegar al alma de multitudes cultas. Al modo del sabio antiguo, más sabe de sabiduría que de mero saber. No es un especulador, diestro en el arte genial de

hilvanar sublimes conceptos abstractos como un Spinoza, un Kant y demás héroes solitarios de la gesta deductiva, sino un filósofo, con mucho de artista y de apóstol. Tal idiosincrasia ha hecho de él un metafísico militante y hábil en el arte de penetrar la figura moral de su tiempo, que él ilustra mediante sus explicaciones de infatigable filósofo nómada. Comprendió que la vida sedentaria enerva en él la íntima libertad espiritual. No se refiere exclusivamente a la ausencia de libertad externa, a esa libertad que explican los profesores de derecho constitucional, la cual, por otra parte, bien puede, como de hecho ocurre, coexistir con una filosofía de esclavos. Keyserling cultiva también la otra libertad, la interna que es la esencia misma del espíritu, susceptibles de ser víctima no sólo de la coerción externa, sino y sobre todo de los impedimentos que la propia vida psíquica lleva en sí misma. De ahí su afán de correr mundo y afanoso de superar limitaciones históricas o subjetivas. Producto de tanta luminosa andanza fue su *Diario de un viaje de un filósofo*, que sólo él podría escribir, atenta su calidad de fino catador de extrañas vivencias individuales y colectivas. No sé si su método filosófico puede enseñarse. Fuera de dudas que su método en él resulta fecundo. Sabe que el espíritu es, en esencia, libertad y que las creencias humanas, así sean las más egregias, no son sino precarias expresiones del ago más profundo que ellas, según enseña su célebre teoría del "sentido", fundamentada por él con tanta elocuencia y vigor personal. Su doctrina hace de la idea de vida el tema cardinal de la metafísica, guardando así afinidad, aunque no afiliación, con Nietzsche, Bergson y Simmel. Pero de trato de mera afinidad. Basta conocer de cerca a este hombre rebosante de vitalidad cordial para comprender de inmediato que el pensamiento filosófico de Keyserling no es sino la flor ideológica de su temperamento profundamente fiel a sí mismo.

"Nos hablará de pedagogía —palabra que por cierto ha de serle poco simpática—. En todo caso tratará de pedagogía sin pedagogismo. Considerada la filosofía de Keyserling, bien se advierte que nada repudia más que el oficialismo de la cultura, cosa en cambio muy propia de la enseñanza. Y cierto que algo de paradoja irónica ofrece la palabra de Keyserling oída en un establecimiento de enseñanza oficial. Universidades y colegios y demás estructuras académicas son sino rígidos andamiajes que el espíritu humano crea para pervivir y lograr incremento. Pero bien pudiera ser que estas instituciones —en el mejor de los casos, simples maravillas de la letra de la cultura— o de la "expresión", como decía Keyserling, acaban por matar el espíritu

creador de toda letra. A los ojos de Keyserling, la escolaridad no sería la técnica más o menos petrificada, de una actitud expresiva del alma, cuya esencia es precisamente creación, de modo que el espíritu corre el riesgo de perecer en la letra, como la creación idiomática en la norma gramatical. Sin embargo, la estructura escolar tiene sus condiciones ineluctables, y el hecho de que éstas sean al propio tiempo, fundamento y peligro de la cultura, no cabría negarlas demasiado, so pretexto de que congelan académicamente la fluencia creadora del "sentido". Tanto valiera negarle al hoplita su macizo escudo, vista la posibilidad de que el peso de la defensa, pueda inmovilizarlo. Todo será cuestión de vigor natural y de medida. Si la "expresión" y la densa contextura de sus mitos pueden anquilosar el sentido, no es menos cierto que no hay, prácticamente, "sentido" sin "expresión", como, por lo demás, reconoce el mismo Keyserling en su obra *El conocimiento creador*. El peligro, empero, disminuye cuando se tiene conciencia de él, vale decir, cuando los hombres de enseñanza cuidan de no hipertrofiar los medios a costa de los fines. Buena prueba de tal prudencia y necesaria flexibilidad mental ofrecemos por el hecho de estar siempre prontos a escuchar la palabra de hombres brillantemente fermentales como Keyserling. Su palabra, máxime cuando habla en universidades y colegios, neutraliza los artificios de la escolaridad. Sacude nuestro leve polvo académico mediante el suave plumero de la intuición vital. Tarea cómoda para Keyserling que tan bien ha logrado conocer ya algunos modos de nuestra vitalidad juvenil. No ignora que en nuestro país hay pocos académicos, aunque muchos aspiran a serlo —y sin fe, claro está, en el academismo, vale decir en la letra del espíritu— todo eso, quizá porque no nos sobran letras. Nada más grato, pues, para mí, que ofrecerle esta cátedra del Instituto, donde hablará sobre "inspiración y educación", y, para colmo de encanto, lo hará en gratisimo y muy estimable castellano, idioma que él aprendió sin gramática y en breve tiempo. Esto constituye una nueva y buena prueba una vez más de lo que puede la intuición de Keyserling. Podrá discutirse el método intuitivo, pero Keyserling podría contestar con su viviente ejemplo de filósofo intuicionista, siempre pronto a probar la intuición intuyendo".

Para terminar, agradecemos a la Sra. doña Elena Suárez de Alberini su autorización para reproducir los textos que se insertan a continuación.

D. F. P.

KEYSERLING

Serie de artículos publicados
en *Crítica*, 1929.

I

26 DE SETIEMBRE DE 1929

Si no el monólogo, el fuerte Keyserling no es el diálogo. Creó, pues, una filosofía que es irrefutable. El que no está con él, está no sólo contra él, sino contra sí mismo.

Con tal motivo, nos hemos dirigido al doctor Coriolano Alberini, vicerrector de la Universidad de Buenos Aires y profesor de Introducción a la Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras, gran autoridad —posiblemente la más alta en toda Sud América— en materia filosófica, quien ha tenido la amabilidad de contestarnos con la amplitud que nuestros lectores pueden apreciar a las preguntas que le hemos formulado. [Redacción].

—¿Cree Ud. que Keyserling fue comprendido aquí?

—Aunque el público tiene más curiosidad que interés, debemos presumir que algo ha comprendido, dada la notoria rapidez mental de nuestros auditorios. La comprensión, empero, creo que en el caso de Keyserling ha sido un tanto periférica, lo cual es imputable quizás a la naturaleza misma del pensamiento de Keyserling.

Nuestro sentimiento intelectual es un tanto débil, máxime frente a las altas especulaciones. Preferimos la riqueza y la política, y cuando se logra superar el exclusivismo de estas preocupaciones, apenas si al-

canzamos la cultura artística. Nuestra mentalidad aún sabe a cosa simple. Nada más lógico tratándose de países que, a poco que se los rasque, acusan cierto porte espiritual de colonia recientemente emancipada. Semejante leve ideología, aienta en la misma Universidad, y aún en las que se tienen por más avanzadas. Por eso más que la ciencia pura y la filosofía se cultiva aquí el aspecto profesional de las ideas y la retórica de los ideales.

REFINAMIENTO DIALÉCTICO

Keyserling poco ha hecho para hacerse comprender a fondo. Más que presentar una exposición prolija de sus propios pensamientos fundamentales, ciertamente muy complejos y llenos de puntos oscuros, ha preferido entregarse a la aplicación inmediata de su doctrina, la cual surgía al vivo en forma por demás esporádica.

Cabe por otra parte agregar que Keyserling no gusta del rigor lógico ni de la libre discusión. Suele abusar del desplante anti-intelectualista. Por ser la filosofía cosa práctica, es decir, sabiduría de tipo vitalista, cree Keyserling que a él se lo debe oír como quien escucha música. Su fuerte no es el diálogo, sino el monólogo. De donde resulta que, mediante su vitalismo irracionalista, ha logrado crear una filosofía esencialmente irrefutable ¿dígame si esto no es el colmo del pensamiento dialéctico? El que no está con él está no sólo contra él, sino también contra sí mismo. Según nuestro filósofo, los hombres pueden lograr un máximo de solidaridad espiritual entregándose a la inmersión subjetiva hasta poner pie en el fondo del yo profundo, donde canta la genuina voz del "sentido". Palabra que designa la esencia de su doctrina filosófica. La unidad se logra mediante miradas subterráneas, que son las más sólidas, pues Keyserling exalta la fuerza vidente de la subconciencia, individual o colectiva, aunque por otra parte, quiere reconocer el valor de elemento transmisible de la cultura. Sin embargo, más cree en lo primero que en lo segundo. Siempre el vitalismo ha propendido a divinizar lo inconsciente. Tiende a ver en la conciencia intelectual un mero fuego fatuo a orillas del inmenso mar de la vida universal. Todo ello le permite a Keyserling creer que es inútil discutir, por ser la polémica cosa propia de la superficie del espíritu. Por eso conviene que los hombres se despidan en la periferia del alma y se den cita en los insondables abismos de la vida, donde abunda la luz de la intuición. Allí nos entenderemos sin problemas. El intelecto, en cambio, con sus limitadas categorías, sólo sabe crear angustiosas antinomias o

constituir aéreos castillos conceptuales y, en suma, todo lo anarquiza a costa de la profunda unidad de la vida, unidad que no excluye la más armoniosa y fecunda heterogeneidad de los individuos fieles a su esencia. Semejante modo de filosofar, enunciado con elocuencia sugestiva, deja en el público la creencia de que se ha entendido algo. Pero no es así. Tal, al menos, es el resultado de una encuesta que hice entre muchas personas de diversa categoría mental. La comprensión no fue mayor en articulistas y profesores de filosofía. Confieso que me ha costado algún trabajo apoderarme de las ideas cardinales de Keyserling. Debe, empero, tenerlas, no obstante su horror al sistema, horror más aparente que real, atento la circunstancia de no ser posible filosofar sin espíritu sistemático. En el caso de nuestro filósofo todo se reduce, si bien se mira, a sustituir el hueso racionalista por el cartílago de la intuición.

PENSAMIENTO DEL FILÓSOFO

Lo esencial del pensamiento de Keyserling está expuesto doctrinariamente en su libro "El conocimiento creador", del que no hay traducción en idiomas latinos. Las restantes obras, especialmente las vertidas al castellano, son, más que doctrinarias, mera aplicación de la teoría. Para quien estudia con alguna severidad la filosofía de Keyserling no resulta ni más ni menos intelectualista que las otras filosofías. El anti-intelectualismo de los filósofos es pura coquetería. Desprecian lo que les sobra. Por eso no les creemos demasiado cuando nos invitan a que los oigamos como quien oye música. La sinfonía metafísica es metafísica. De juzgarlo como músico, Keyserling corre el riesgo de que quien no lo comprende puede entregarse al sueño reparador, lo cual es todo un acto estrictamente vitalista. A menos que el oyente no prefiera mandar al filósofo con su música a otra parte, verbigracia, a otras latitudes, donde, de puro tropicales, los habitantes disfrutan de una vitalidad más elemental que la nuestra. En efecto, nosotros, los argentinos, sobre todo los de la zona portuaria de Bs. As., disponemos de una cierta forma mental manifiestamente intelectualista. Mucho o poco, nos place la lógica, elaborada discretamente bajo un siglo de señorío de la mentalidad gálica. Esta arraigó aquí sobre un fondo de la escolástica colonial. Cambiaron las creencias, a través del período racionalista de la revolución. Este sentido lógico de la verdad se conservó, aún en la época romántica, exacerbándose luego mediante la educación positivista. Nuestra modesta historia del sentido racional de la verdad, evidencia un vago predominio de la noción intelectualista aun cuando se trate de un intelectualismo siem-

pre pronto a tomar inflexiones ingenuamente pragmáistas. Poseemos, por ende, un pasado con un sentido criollo, elaborado con dichos ingredientes, y además con un poco de felinidad india y socarronería andaluza, amén de alguna puntita de clasicismo mediante literatura francesa, y del otro no menos clásico influjo de la inmigrante sangre latina. Claro está que este intelectualismo de trocha angosta, no siempre comporta un sólido sentimiento moral de la verdad pura. Tampoco nos interesa la ciencia ni la filosofía. Por eso nuestra Universidad es gruesamente profesional. Profesores, alumnos y "maestros de la juventud", por lo general se descomponen ante el espectáculo de una idea profunda, vale decir, pensada sin espíritu utilitario, social o técnico. "Tonterías son las ideas que no dan dinero o cargos públicos". Tal es el lema implícito de nuestra actividad. Otros, los más generosos, creen que el profesionalismo universitario debe ceder ante la función de la ciencia como utilidad social. Esto, si se exagera, es también pragmatismo. Vese, pues, que el sentimiento sigue siendo enclenque, y además, nuestro utilitarismo carece de grandeza.

III

CRÍTICA. 27 de septiembre de 1929.

Keyserling. La intuición es el órgano genuino de la filosofía. Por qué la razón no sabe comprender sin convertir lo móvil en inmóvil.

En medio de todo, sin embargo, nuestro natural buen sentido nos dice que la verdad no es sino la coincidencia del pensamiento con las cosas, según enseñan los tratados elementales de lógica. De puro realistas, creemos que el conocimiento no es creador sino revelador. Esto no implica, naturalmente, el más mínimo temor de que se nos ocurra la aventura de revelar demasiado. Con todo, no desdenaríamos el dicho de un gran filósofo norteamericano, Royce: "El hombre es un animal destinado a pensar, sólo que rara vez lo hace".

EL SECRETO

Era natural, pues, que nuestro colonial intelectualismo —colonial por la forma lógica, no por el contenido— resultara inadecuada disposición para comprender a Keyserling y someter sus enseñanzas a una

crítica concienzuda. Se creyó comprender porque Keyserling, a propósito de filosofía de la vida, habló sobre grandes lugares comunes de nuestra época, a los cuales aplicaba sus doctrinas: chauffer, Norte América, Lenin, Jesús, Buda, Lord Northchiff, Oriente, Occidente, tristeza, inspiración, baile, moda, jazz, etc

¡Ah! También habló del "logos espermático". Algunas damas vitalistas se sonrojaron pasablemente. Este rubor carece, empero, de fundamento. Se trata, en suma, de metafísica. Todo el secreto de la filosofía de Keyserling está en meter la primera palabra en la segunda, y la segunda en la primera... Quiere que lo Universal, Dios, Vida, "Sentido", no sean entidades abstractas, como el "logos" de los racionalistas clásicos, sino que se manifieste concretamente donde lo particular valga no sólo como manifestación de lo universal, sino también por sí mismo, aunque para Keyserling, comprender es referir la "expresión" al "sentido". La evolución, hecho vital, no es un mero sucederse anárquico de eventos sin sentido, o formas ilusorias de un "Logos" inmóvil espectral. El "Logos" es creador, y, por tanto, concreto. Unos disuelven el "Logos" en sus manifestaciones; otros, al contrario, disuelven las manifestaciones, la realidad actual y palpitante, en el seno de un "logos" abstracto. Keyserling cree, en cambio, que el "Logos" debe ser creativo, es decir, espermático. No se trata, pues, de intelectualismo, el cual sólo sabe hilvanar artificialmente estáticos conceptos abstractos; incapaces, por tanto, de penetrar la vida, que es continua evolución creadora. Decía muy bien un fino filósofo, el alemán Simmel, que la filosofía griega giró en torno del concepto de substancia; la medieval tuvo a Dios por centro; la moderna buscó la naturaleza; y, por último, la contemporánea ha hecho de la idea de vida el protagonista de la reflexión filosófica. Ello bien se ve en Nietzsche, Guyau, Bergson, Freud, Simmel, etc. Amplio uso de la misma idea hicieron Spengler y Sorel. Todos estos filósofos arremeten, en mayor o menor grado, contra la razón socrática, negadora de la vida. Nietzsche verá en el "caso Sócrates" el símbolo perfecto de la decadencia griega. La razón, con su seca ristra de deducciones, no es sino la mórbida excrecencia de la vida. La metafísica racionalista no comprende la evolución creadora. Se le escapa el tiempo, dice Bergson. No se trata de tiempo matemático, que es tiempo vacío, sino de duración concreta y, por tanto, de constante proliferación de formas nuevas. "El tiempo —decía Platón en el "Timeo— es la imagen móvil de la eternidad", de esa eternidad que es la negación del tiempo concreto, de la evolución creadora,

exagera, es también pragmatismo Vese, pues, que el sentimiento sigue siendo enclenque, y además, nuestro utilitarismo carece de grandeza. Por eso Platón gusta a los matemáticos, quienes no comprenden el tiempo sino como medida mecánica, según dirá Bergson, genial antiplatónico y grande cofrade de Keyserling. La razón no sabe comprender sin esquematizar, sin convertir lo móvil en inmóvil. He aquí por qué el genuino órgano de la filosofía debe ser la intuición, que no es una especie de "pálpito", según he oído decir alguna vez por boca de periodistas y hasta de catedráticos de filosofía. La intuición es el máximo esfuerzo que hace la conciencia para captar la vida como evolución creadora. El concepto es tiempo degenerado en espacio. El agua fluida de la realidad, se trueca en hielo conceptual. La ciencia y demás manifestaciones del intelectualismo, no son sino símbolos, "expresiones", como diría Keyserling

LA FILOSOFÍA

La "expresión" nada vale sin el "sentido", es decir, la filosofía no puede ser sino la conciencia de la creación continua, de una especie de "Nisus megabiótico", si se me permite solazarme con este estruendoso tecnicismo, capaz de desmayar de emoción pedante a algún dulce espécimen de la filosófica cátedra tedesca.

IV

CRÍTICA, 28 de septiembre de 1929.

(Continuación)

¿Para qué sirve, pues, la razón, repudiada por estos filósofos, profesores de moderna *misología*, como llamaba Platón al repudio de la inteligencia? Existen, diremos, múltiples respuestas, y digo múltiples, porque no todos los vitalistas profesan un irracionalismo absoluto. Desde Nietzsche, que sólo ve en la conciencia un mero epifenómeno al servicio del ímpetu vital; Bergson, que no llega a tales extremos, hasta Max Scheler, empeñado en colgar la vida a una esencia platónica y tendiente a imaginar una especie de contubernio entre Nietzsche y San Agustín; Keyserling, que, contra Spengler intenta afirmar el papel de la conciencia eficiente y repudia el fatalismo pesimista de Spengler, existe toda una gama tocante al problema del intelecto frente a la vida.

No es difícil, empero, buscar la filiación de esta doctrina. Se diría que es un nuevo brote de romanticismo de la primera mitad del siglo pasado. Tuvo su auge en el gran período postkantiano, y aún antes. ¿Habría por qué mencionar a Herder, a Schelling, Schlegel, autores todos que penetraron en Francia? Bergson se vincula a ellos mediante Ravaisson, quien, a su hora, germanizó finamente.

El simpático Guyau inserta el motivo romántico de la vida en el positivismo. Nietzsche tiene el mismo origen y complica el tema con el darwinismo, aunque repudia la interpretación mecánica y utilitaria de la vida. Bergson es la gran encarnación contemporánea de la tendencia, sólo que él administra, por decirlo así, el capital romántico, mediante los más delicados recursos de la forma clásica. Su doctrina del "élan vital" la acusación, imputada por Laserre y otros, de no ser francés.

VITALISMO ROMÁNTICO

Este vitalismo romántico ha tenido las más insospechadas derivaciones. Sorrel, por ejemplo, le ha puesto música socialista al "élan vital". Spengler elaboró una brillante instrumentación histórica, coronada por un apocalipsis para uso alemán, mientras duren las reparaciones de post-guerra; el jurista francés Gény escribió su obra "Ciencia y técnica del derecho privado positivo", donde ofrece una filosofía del derecho y una metodología jurídicamente impregnada de intuición bergsoniana; Le Roy, sucesor de Bergson en el Colegio de Francia, se dedica a dar un baño vitalista a los dogmas católicos, frangollo modernista que a los católicos hace poca gracia; y, por último, Keyserling construye una sonora e ingeniosa aplicación del tema vitalista al diagnóstico de la cultura contemporánea. Por eso recorrió el mundo, procurando sorprender *in situ* las más concretas y profundas vivencias de los pueblos exóticos. No le interesan, pues, las ideas por su valor en sí, por lo que tengan de verdad abstracta, sino cual símbolos efímeros de hondas vivencias; en una palabra: rastrear la vida bajo el símbolo, el "sentido" en la "expresión". Para Keyserling la vida tiene un fin; la vida misma. La vida es autotélica. No puede haber ideales exteriores a la vida. El sentido de la vida es su propio henchimiento. Lo que se llama cultura no es sino un conjunto cambiante que expresa vivencias lozanas o caducas. Y la "expresión" no vale sino como cuerpo del "sentido". Un "logos" que no crea, es decir, no espermático, se reduce a una forma fósil, a una vivencia embalsamada. La "expresión" no vale sino por el "sentido". Permítaseme ofrecer un ejemplo, puesto que en este punto pueden

naufregar los lectores y oyentes de Keyserling. Sostuvo Nietzsche una teoría de la decadencia contemporánea. Afirmó que el sentimiento vital estaba corrompido. ¿Cuáles eran los síntomas de esta corrupción? Entre otros, la música de Wagner, el culto de la ciencia, el socialismo. Todas proliferaciones del cristianismo, que para Nietzsche no es sino el fantasma ético creado por un profundo rencor a la vida, tal como lo sienten las almas de esclavos. Max Scheler corrigió la tesis, diciendo que el resentimiento produjo no el amor cristiano, sino la filantropía del siglo XVIII, de la cual aún vivimos. ¿Cuál sería pues el criterio de verdad para juzgar el valor de las formas de cultura? ¿Acaso una medida ideal? De ningún modo, según Nietzsche. Una doctrina científica, filosófica o estética, un movimiento político, una escuela artística, etc., no son válidas en sí sino como estadios vitales, y nada más. Lo válido no es la idea sino una obscura vitalidad que puja por manifestarse simbólicamente. Por eso no se debe refutar a Sócrates o a Schopenhauer; basta con explorarles la cenestesia. El hombre piensa con todo el cuerpo. De donde resulta que las creaciones de la conciencia pensante son artificios ideológicos maquiavélicamente incubados en la subconciencia. No se debe, pues, refutar, sino ceder a los bajos fondos de la psiquis, flor de la vida, y por tanto, merced a ella. He ahí uno de los motivos que tuvo Keyserling para dar la vuelta al mundo. Era menester ponerse en contacto directo con los pueblos escasamente inficionados por el intelectualismo para poder hurgar cómodamente la trastienda psicológica a través de los símbolos. El instrumento de análisis fue la teoría del "sentido" y de la "expresión". El primero es a la segunda, lo que el alma al cuerpo, lo que el genio idiomático a la gramática. El "Diario de viaje" y "Europa" no sino aplicaciones de esa teoría. Tiene, pues, Keyserling, una doctrina, un sistema, que no deja de ser tal a pesar de repudiar el espíritu sistemático.

No nos sorprendamos: Keyserling es original, muy original en su manera, pero su originalidad no reside en la creación de los temas troncales, en el sistema; consiste más bien en una extraordinaria virtud para el desenvolvimiento práctico de algunos principios vitalistas.

¿Cree usted que Keyserling es, en verdad, un filósofo?

—Todo el mundo es filósofo, hasta los que no parecen serlo. Renegar de la filosofía es una manera de hacerla. Siempre hay filosofía. Toda vivencia implica una actitud filosófica. Si la filosofía no es pensada con conciencia técnica es, por lo menos, vivida siempre que no se

convierta el hecho de vivirla en criterio de verdad. En el arte de sorprender el aspecto psicológico de las doctrinas filosóficas, de los valores vividos, Keyserling es un gran maestro. Le ayuda la índole de su talento, consistente en una especie de singular hiperestesia mental para explorar fenómenos psicológicos propios de la zona situada entre lo biológico y el espíritu, o sea lo que él llama alma. Siente hondamente "lo que hay debajo", y sabe, puesto que es artista, lograr la expresión relevante. Casi diría que tiene una gran inteligencia femenina tenazmente sometida a un carácter viril. Nadie le gana como fino catador de vivencias subjetivas e históricas. Es un psicólogo que procede a golpes de intuición frenética. De ahí que siempre esté al borde de la arbitrariedad, a vueltas de aciertos magníficos. Detrás de las "expresiones" que no son sino símbolos, busca siempre una forma concreta de vitalidad. La doctrina del sentido organiza y multiplica su poder intuitivo, que en él es lo natural, y lo más sobresaliente de su temperamento filosófico.

Cierto que no es un creador al modo de Bergson, pero ha logrado ser una personalidad filosófica inconfundible con sólo ponerse al servicio de su más íntima idiosincracia. El mismo es claro ejemplo de su propia filosofía, pues si no ha creado una doctrina filosófica original, supo, al menos, elegir y potenciar fértilmente, una orientación de veras acorde con su esencia personal, con su "sentido".

En él alienta una perfecta adecuación entre el "sentido" y la "expresión". Si vale la analogía, me atrevo a decir que, dentro del vitalismo, no es Keyserling lo que un Maxwell, un Herz, un Einstein en la ciencia pura, sino más bien un Edison, un Marconi. De ahí su propósito de convertir la filosofía en sabiduría. La sabiduría explicada en su obra "El conocimiento creador", es la filosofía trocada en política del ser mediante la conciencia vital. Esta actitud le ha permitido interesar con su obra no sólo al gremio filosófico, sino también al gran público culto. Otros filósofos han pensado sobre temas de historia remota, él, en cambio, prefiere hacerlo ante la vida contemporánea, la que a todos de inmediato inquieta. Hombre de una sensualidad mental extraordinaria por lo aguda y tumultuosa, resulta un hiperestésico registrador, aparte lo propio del temperamento personal, fue fabricado en los laboratorios metafísicos del vitalismo romántico. Pero como Keyserling tiene urgencia práctica, como le obsede el problema del sentido y del valor de la vida, no le place el solitario filosofar de gabinete, así se trate del gabinete de Kant. Ello le mueve a concebir la filosofía no como una pura especulación, sino como sabiduría, que, según él, es saber vertible en vitalidad.

ascendente. Rasgo prominente de su personalidad es no sólo el de figurar entre los pensadores más interesantes de nuestra época, sino también el de haber intentado exclastrar la filosofía mediante un fecundo esfuerzo, puesto especialmente sobre el problema que más inquiere a la humanidad: el del sentido y del valor de la vida.

Tiende a eludir, en lo posible, el tecnicismo, propio de la cátedra hermética, y siempre procura pasar frente a las singularidades espirituales a nuestra época, germinante en alto grado, logrando, con frecuencia, aferrar sus modos con vigor intuitivo y además elegante. Colabora en la creación del mundo que nace por el hecho de profetizarlo. De ahí su furia militante, que levanta en él ímpetus contagiosos de gran conductor espiritual, de gran caballero de alma. Semejantes rasgos explican su difusión entre las masas cultas, lo cual es posible porque se trata de un pensador que más sabe de sabiduría que de saber. No se le tenga, pues, por temperamento especulativo, más o menos diestro en el arte genial de hilvanar sublimes conceptos abstractos, al estilo de Spinoza, Kant y demás héroes solidarios de la gran gesta deductiva, sino un pensador con mucho de artista y no poco de apóstol mundano. Tal idiosincracia hace de él una rara especie de metafísico activo, comparable a los que tuvo Grecia. Como ellos, es un filósofo nómada. Comprendió que la vida sedentaria agotaba las íntimas fuentes de la libertad. Para liberarse de la gruesa cáscara mecánica con que la costumbre cubre el espíritu resolvió correr mundo, ávido de superar cualquier limitación subjetiva o histórica. Producto de tan luminosa andanza fue el mentado "Diario de viaje de un filósofo", que sólo un hombre como él podía escribir. No sé si su método filosófico pueda ser enseñado. A Keyserling le resulta fecundo, y lo aplica movido por el convencimiento de que el espíritu es en esencia, libertad. Las ciencias humanas, las culturas todas, así sean las más egregias, no son sino precarias expresiones de algo más profundo que ellas, según enseña la doctrina del "sentido". Keyserling somete la cultura a la vida, sin por ello aniquilar el papel de la conciencia cuya calidad de filtro y virtud creadora Keyserling no niega, aunque a mi modo de ver, no parece que, en sustancia, la conciencia logre sólida hegemonía. Es lo que suele ocurrir con los sistemas vitalistas. Verdad es que Keyserling no profesa un vitalismo violento al modo de Nietzsche, ni admite el fatalismo pesimista de Spengler. Quizás está más cerca de Bergson, el cual, no sé si admitirá muchas de las ideas de Keyserling. Bergson aún no ha publicado su *Ética*. Presumo, en virtud de una conversación tenida con él en París, que no la publicará.

V

CRÍTICA. 29 de setiembre de 1929.

(Continuación)

Keyserling, en cambio, ha hecho un amplio uso ético, estético y político del verbalismo, con objeto de revelar no sólo el mundo que ha sido y es, sino el que podría ser. Su naturaleza de artista alguna vez le impone el uso de expresiones hiperbólicas. Dice que el filósofo debe ser un mágico, algo así como un rabadomante del espíritu, un revelador de ignotas energías vitales. Los suspicaces, los profesionales de la viveza criolla, que a menudo llegan a la risa por el camino de la incomprensión, quizás vean en este hombre deambulante Dulcamara del vitalismo. Nada más injusto. Su obra será discutible, podrá no sentirse simpatía por su modalidad mental, por su método, pero ¿cómo negarle talento de gran psicólogo, escritor y conferencista? y la admiración sube de punto si se recuerda que aquí habló en unas lenguas extrañas para él, aunque se expresaba con singular corrección y soltura. ¿Quién será capaz de dar conferencias como las de Keyserling, hablando un idioma que no sea el propio, máxime partiéndose del alemán? Quizás aquí resida una de las causas de la escasa comprensión aludida. Por mucho que se domine un idioma extranjero, es imposible revelar hondamente el propio pensamiento, sobre todo en el caso de una filosofía de tipo intuicionista, donde tanta importancia tiene el matiz. Los filósofos del intuicionismo suelen ser grandes escritores. Recuérdese sino a Schopenhauer y Bergson. En ellos la intuición artística corre pareja con la filosofía.

SIENTE MÁS QUE PIENSA

La incomprensión del público en general y de las personas relativamente doctas en filosofía, tiene otras causas, además de las mentadas. Aún en sus libros más técnicos, como "El conocimiento creador" y "La trama del universo", nunca expone Keyserling sus pensamientos con claridad penetrante. A medida que profundiza su propia filosofía, los conceptos cardinales se le van enturbiando un tanto y entonces parece sentir con violencia sus ideas más que pensarlas. Acusa a menudo una especie de inmadurez didáctica en la exposición, a pesar de los abundantes ejemplos con que intenta ilustrar su doctrina. Estos ejemplos

suelen resultar más difíciles que la misma tesis. Ya sabemos que Keyserling no se queda corto en el arte de disponer de la Historia. De repente echa mano de un milenio y lo interpreta sumariamente. Ocurre entonces que el oyente apenas penetra en la periferia de la tesis, marcándose luego en el revuelto oleaje del período histórico que Keyserling levanta con la mayor intrepidez. Las cosas, en cambio, se aclaran un poco para quien no lo juzga exclusivamente mediante sus conferencias y libros más difundidos. Palmaria prueba de incompreensión ofrecen quienes le acusan de orientalizarse. Nada más absurdo. Analizó la cultura de Oriente para ilustrar su concepto de sabiduría, o sea la relación entre "sentido" y "expresión". Es extraño que semejante crítica le haya sido imputada por sueltistas de las más diversas observancias, entre ellos católicos, criptocatólicos, profesores de filosofía, idealistas y demás representantes de la filodoxia criolla. Si usted me pasa un mal chiste pues habíamos de críticos poco serios, le diré que para Keyserling, la India desempeña el papel de un "chanchito de Indias" Se trata de experimentos vitalistas, y nada más.

—¿Qué concepto le merece la opinión católica sobre Keyserling?

—Es una opinión sectaria, sólo que los sectarios a veces tienen razón, máxime cuando son hombres doctos e inteligentes.

Algunos jóvenes católicos literarios, que profesan el catolicismo por razones de buen gusto social, y que, además, tienen de Dios un concepto preventivo, atentas las necesidades del orden público —actitud propia de la apologética volteriana— han difundido irónicas insinuaciones sobre el "champagne" que bebe Keyserling después de cada conferencia. Nada más injusto y anticristiano que semejante malicia. Es menester conocer a Keyserling. Se trata de un hombre de vitalidad frenética, todo un bárbaro en el sentido clásico de la palabra, pero, eso sí, un bárbaro tremendamente simpático. Sus carcajadas son de un vitalismo impresionante. Cuando, con objeto de ilustrar sus intuiciones, apoya su mano "gengiscánica" sobre mi hombro de tímido racionalista y la apoya a menudo para imponerme sus teorías, que no me deja discutir —tengo visiones de Asistencia Pública— ¿Le ha visto usted por la calle alguna vez? ¿Qué me dice de su descomunal sombrero bamboleando en la cumbre de su estatura gótica? Basta ver a este hombre para convencerse que una botellita de "champagne" en su oceánico estómago de amplio filósofo vitalista, no puede alterar el principio de sobriedad. ¡Es como si Alfonso Reyes, García Velloso, Carlos A. Leu-

man y yo nos repartiéramos un dedal de "champagne"! Me remito a los efectos. Keyserling, después de cuatro horas de sobremesa, a base de diálogos vertiginosos —digo diálogos por amor a la hipérbole— logra conservar una maravillosa lucidez. Sólo los colegas están fatigados. El no. Si bebe, no lo hace de puro voluptuoso, sino atenta su condición de mortífero derrochador de nervios, ávidos de tónico. Jamás bebe antes de una conferencia. No se trata, pues, de un recurso epicúreo, sino de un medio para mantener eréctil su vitalidad nerviosa y espiritual. Debo advertirle, de paso, que casi todo el líquido se lo bebe el piso, pues no sabe hablar sin esgrimir la copa. Es hombre de poco comer. Bebe algo, en cambio, alguna vez, por la misma razón que viaja. Se trata de una especie de política hedónica de la vitalidad, propia de un vitalismo donde se repudia, como en el de Nietzsche, el concepto hedónico de la vida. Ya que estamos frente a una generosa objeción eclesiástica, diré que el champagne de Keyserling es como el incienso de los católicos. No se trata de sensualidad, sino, simplemente, de instaurar una especie de política olfativa del éxtasis. Donde dice éxtasis, ponga usted, en el caso de Keyserling, exultante e intuitiva espiritualidad.

CARACTERÍSTICAS

He dicho que el vitalismo de Keyserling repudia la moral hedónica. En realidad, es más bien estoica. Si hubiéramos de caracterizar el espíritu general de la doctrina de Keyserling, podríamos decir que es algo así como un *pirronismo romántico*, expresión con que también se puede caracterizar cualquier vitalismo acentuado, pues, en suma, nos hallamos frente a una concepción pragmática de la verdad, análoga a la sustentada por Nietzsche. Para éste, es bueno, verdadero y bello todo lo que intensifica la vida: malo, falso y feo lo que la rebaja. Por eso Parsifal es feo; malo el socialismo, porque descansa sobre ocultas evaluaciones cristianas. La ciencia positiva también es falsa porque Nietzsche cree que el ideal de objetividad científica implica la negación de una triunfante voluntad de potencia frente al mundo. No son sino variantes del Nirvana. ¿En qué difiere todo esto del escepticismo?

Vaya otro ejemplo para aclarar la teoría de la verdad inherente al vitalismo. La filosofía de Marx, por ejemplo, imagina que la cultura, en cualquiera de sus formas, como ser: arte, política, filosofía, religión, etc, es mera superestructura del estadio económico, semejante teoría —que sus autores no aplican a sus propias doctrinas, pues todavía no conozco una explicación marxista del marxismo— cuenta con ejemplos

muy pintorescos. ¿Conoce usted la filosofía de Lenin? Está expuesta en el tomo XIII de la edición inglesa de sus obras completas. Se titula: "Empiriocriticismo y materialismo". Allí demuestra, con su lógica fanática propia, hasta cierto punto, de la política y pésima para la ciencia y la filosofía, que el pensamiento filosófico de Mach y Avenarius es una ingeniosa triquiñuela burguesa!

Otro ejemplo hallamos en un discípulo: ¿Qué es el monismo pan-teísta de Spinoza? Pues nada menos que el reflejo ideológico del monopolio comercial burgués! Como Ud. ve, se trata a poco que se apuren las cosas, de convertir la suspicacia calumniosa en método para hermenéutica filosófica. Aquí, entre nosotros, se cultiva el método —no sin antes pasarlo por el alma del viejo Vizcacha— en un divertido folleto que el "maestro" Ingenieros le infligió a Boutroux con objeto de enriquecer la literatura filosófica de kiosco suburbano.

Otros cultivaron semejante hermenéutica con mayor cultura y talento y fineza, aunque no menos decisión en el arte del absurdo. Tal es el caso de Spengler, quien ve en la teoría de Einstein un claro síntoma de la decadencia de Occidente. La "relatividad", no sería sino episodio del "alma fáustica", agotada en sus últimas posibilidades o sea bello arrebol en un crepúsculo.

Todo esto, claro está, tiene grueso parecido con las manías genéticas de Nietzsche, quien decía que el hombre de ciencia es, en el fondo, un cripto moralista socrático, vale decir, un corruptor de la vida. ¿Acaso las leyes científicas no son una especie de moral de la naturaleza, variante por ello de lo que Nietzsche llama "moralina"? De aceptarse semejantes aberraciones, fuera lógico negar el pensamiento como fuerza autónoma pues, ¿qué puede esperarse de un pensamiento convertido en títere de la vida o de la economía? Evidentemente, Keyserling no cae en estas exageraciones, pero, a la postre, no cabe duda que su doctrina tiende a enervar el pensamiento en ventaja de la vida. Es ésta la única deidad a quien él venera. Pero, repito, no tiene de la vida un concepto utilitario ni epicúreo. Su vitalismo implica un sentimiento heroico de la vida, y niega que el placer sea un elemento esencial para definirla.

—¿Qué juicio le merece la doctrina de Keyserling sobre el progreso?

—Es mucha pregunta para contestar brevemente; pero, en fin, volvamos al "Logos espermiático". Keyserling no puede admitir la cristalización del esperma. Por eso le fastidian los académicos, que son

todos traficantes de pelotitas de esperma solidificado. El mismo diagnóstico le merecen los fetichistas del progresismo democrático, que es ideología de chauffeur.

Los primeros se pasan la vida repitiendo sus productos en las cátedras, los segundos, arrojan demagógicamente el suyo a la masa materialista, cuyos ideales son hijos del siglo XVIII, padre de la era del progreso.

Cierto que Keyserling no es antidemócrata, aunque su filosofía política es muy discutible. Sólo cree que la democracia debe estar fundada en el espíritu y no en la mecánica ideología del chauffeur. Y no se le puede negar que, en cierto modo, tiene razón. El materialismo es una metafísica que automatiza al hombre, y no se comprende cómo puede fundarse el ideal democrático en una filosofía de esclavos. La democracia supone la autonomía de la personalidad humana.

Tocante al juicio sobre Estados Unidos, sospecho que Keyserling fue mal interpretado, me parece que fue más severo en la forma que en el fondo. En sustancia, todo se reduce a sostener que en aquel país se han exacerbado las expresiones de la vieja Europa, la cual, si hubiera podido, se habría americanizado antes que Estados Unidos... El progresismo europeo se plénificó al trasplantarse en tierras vírgenes. Estados Unidos, es como diría Spengler, un episodio de la decadencia de Occidente. Pero Keyserling, al revés de Spengler, no es pesimista. Podría decirse que su posición frente a Spengler en algo recuerda la de Nietzsche frente a Schopenhauer. Keyserling cree en el progreso, siempre que se lo interprete espiritualmente. Ve en el mundo que agoniza, un mundo que nace, y cree que volverá a reinar el espíritu, sin el cual no hay verdadero progreso. ¿En qué consiste el progreso? Ya se puede inferirlo por su teoría del chauffeur. Este es el símbolo perfecto de una aberración contemporánea de la vida; la hipertrofia de los medios a costa de los fines. El progreso radica en el "sentido", no en la "expresión", aunque, claro está, no hay expresión sin "sentido", ni "sentido" sin expresión".

El nuevo progreso se hará no en la superficie sino en la profundidad.

VI

CRÍTICA. 30 de setiembre de 1929.

El problema del progreso es una cuestión de "acento". Suele confundirse progreso con evolución. Nada más equivocado. La evolución

es un hecho, el progreso un valor, y el valor una función del espíritu. Los hechos sólo tienen significado en virtud del "sentido"; ¿qué es "sentido"? No es fácil definirlo. Más aún: es independiente, pues siendo el sentido la realidad última, resulta imposible definirlo por no tener dónde apoyar la definición. El "sentido" se intuye, no se define. Con todo, creo que podríamos dar cierta noción del "sentido" diciendo que es una actitud ascendente de la vida, la cual actitud crea los símbolos que necesita para expresarse. Claro está que semejante idea supone una teoría donde se concibe la vida como una fuerza irrestañable de creación continua. Por ende, el ritmo de la evolución creadora debe coincidir en lo posible con el ritmo de la evolución de las expresiones. Si no existe tal coincidencia, la expresión se vuelve mustia. Tal el caso de una planta a quien se le priva de savia. La vida se corporiza en sus formas. No hay vida sin forma, pero está en la esencia de la vida el trascender sus formas. Si éstas se emancipan de la vida se vuelven certitudes mecánicas. Apliquemos esta doctrina a la comprensión de las dictaduras contemporáneas. Después Keyserling nos dirá dos cosas; primero: el problema de la reforma de gobierno carece de importancia intrínseca, puesto que no es sino una "expresión" que sólo vale por su vínculo con un "sentido"; segundo: las dictaduras caerán cuando los medios se conviertan en fines. Esta tesis le impone la paradoja de sostener que el marxismo nada tiene que ver con la dictadura del proletariado. Lo esencial en la revolución rusa es reconocer que se está cumpliendo una profunda y antigua aspiración del alma rusa. El marxismo es un ocasional pretexto simbólico. El dinámico sentido del inconsciente histórico sabe en Rusia mucho más que sus voceros. Repitiendo un pensamiento de Bismark, Keyserling suele decir que el grande hombre vale lo que la o'ra que lo levanta. ¿Keyserling es, entonces, un fatalista? El pretende no serlo. De ahí su discrepancia con Spengler. Keyserling cree en la libertad del hombre y afirma que el progreso es idea que sólo tiene sentido referida a la parte voluntaria del proceso histórico.

No es determinista sino contingentista, y lo es dentro de un máximo de sentido histórico. Suele decir que la historia abunda en ocasiones perdidas. Si tan fuerte es su sentido histórico, tanto como para repudiar la utopía, ¿qué puede hacer el hombre frente a la parte del *fatum* inherente a la evolución histórica? Si no entiendo mal, presumo que Keyserling propone algo así como una especie de política realista de la evolución creadora, una sabia administración del fatum. Sentemos empero, una aclaración: repare que no se trata de un fatum mecánico,

propio del materialismo, sino de un *fatum vita*¹, que, por ser vital, es capaz de crear aún cuando la conciencia humana no intervenga. El ser crea porque crea. Está en su esencia crear, y Keyserling propone que colaboremos con este esfuerzo creador. Por eso exalta la filosofía como magia. Ella debe ser el arte de provocar la eclosión de las virtualidades que intuimos. Por fin, la historia será obra del hombre, y lo será mediante un don que Keyserling concede al hombre, al nuevo hombre: el poder del "libre acento vita.". El "Logos", de fatal, se volverá, por obra del hombre, libremente espermático, dentro, claro está, de un agudo sentido de las posibilidades que ofrece el *fatum* histórico.

LA VUELTA DE HEGEL

Estas elucubraciones, en tanto genéricas, evocan las teorías hegelianas. Donde Hegel decía "Idea", Keyserling dice "Vida" ¿No es ésta una manera de sensualizar el abstracto principio de Hegel? La idea hegeliana es dinámica, creadora, y lo es aún cuando el hombre se empeñara en fosilizarse, aún cuando quisiera restañar el devenir. La "Idea" tiene su "astucia", como dijo Hegel, pues ella es el "universal" que se realiza merced a lo particular y a pesar de todos los particularismos. Así como la "Idea" es, esencialmente maquiavélica, también lo es el "sentido", que es la vida triunfante a través de las "expresiones". ¿Qué es el individuo en estos sistemas? Keyserling pretende reconocer el valor de la individualidad. Tal es, al menos, su intención; pero, si bien se mira, la individualidad tiende a disolverse en el seno de lo universal, lo que no deja de tener sabor panteísta aún cuando su "Logos" sea, al modo del de Hegel, un "universal concreto". Dificil, muy difícil explicar brevemente tan complejos conceptos. Baste decir que en el fondo de la filosofía de Keyserling sitúa constantemente el tema panteísta. No es el panteísmo de Spinoza, negador de la evolución, aunque con estructura dialéctica; pero el de nuestro filósofo es, en cambio, un panteísmo romántico amorfo en demasía. No se reconoce más que una realidad primaria y absoluta, la cual es algo así como un perenne fuego central donde las individualidades son chispas ignicentes y el centro del fuego vale más que las llamas.

—¿Podría Ud. hacernos algunas otras críticas de esta filosofía?

—La tarea no me resulta cómoda, opinando en una simple entrevista.

Las ideas de Keyserling descansan sobre un fondo doctrinario os-

curo, como suele ocurrir con todos los vitalistas. Estas teorías suelen ser profundas, pero de una profundidad a base de nociones un tanto difluentes. Es lo que pasa con Bergson. Su obra, con ser grande, carece de un último capítulo. En el fondo de la "Evolución creadora" hormiguan vagos temas de teodicea. Y es sabido que Bergson aún no ha escrito la obra que desde hace años promete. Keyserling, que tanta afinidad tiene con Bergson, no toma la investigación filosófica en el punto que la dejara Bergson. Hombre de vitalidad explosiva y lleno de ansia militante, ha preferido continuar, de cierta manera, en cierto modo, el bergsonismo en extensión y aplicación en lugar de desenvolverlo en profundidad. Ofrecer un juicio exhaustivo sobre las ideas cardinales de Keyserling, equivaldría a dictaminar acerca de un aspecto importantísimo de la filosofía contemporánea. Es sabido que nuestro filósofo distingue entre vida, alma y espíritu. Dentro de la doctrina general del autor, los tres conceptos guardan mucha solidaridad. El alma se caracteriza por su espontaneidad. Abunda en pujante inconsciencia creadora. El espíritu es voluntad consciente, y la conciencia toma a menudo forma intelectual. Keyserling no se cansa de admirar los tesoros de la espontaneidad vital. Cree en las maravillas de lo inconsciente. La conciencia, en cambio, es creación, fuera, dentro o al margen de la conciencia. La psiquis humana sólo es un aspecto del ser, el cual, en esencia, se identifica con la acción. Conocer es, por tanto, crear. No hay en realidad contemplación pura. Esta, en el mejor de los casos, es acción larvada o vertida en abstracción. Comprender equivale a captar el "sentido", pero captarlo implica conferirlo, lo cual es una manera de crearlo. El "conocimiento creador" es vida que se autocrea. Colige que existen dos formas de creación: la inconsciente y la consciente. La primera más amplia y poderosa que la segunda. ¿Qué puede hacer entonces la conciencia? Intuir las creaciones espontáneas, diría Keyserling. Sin duda. Pero las creaciones son muchas y las imposibilidades innumerables. Keyserling dice que del hombre consciente depende, hasta cierto punto, el poder de colocar el acento. Alienta en nosotros el don de un preferir activo. ¿Cuál sería, preguntaremos, el sentido de la opción? El autor pretende darnos un criterio: "sentido". Evitar, por consiguiente, la hipertrofia formal de los medios simbólicos de la vida, a costa de la vida misma. El mundo del chauffeur es malo, por incompleto, amén de que en él la técnica, de mero instrumento se ha trocado en fin. El *élan vital* corre el riesgo de petrificarse en una de sus manifestaciones instrumentales y subalternas. Hay que integrar ese mundo mecánico, modificando el acento, de tal manera que lo se-

cundario no usurpe la jerarquía de lo primordial. ¿Con qué criterio establece Keyserling la primacía de lo profundo? ¿Cómo sabe que lo profundo es tal? La profundidad, me parece, es virtud de la conciencia, no de la cosa observada.

El vitalismo solamente sabe que vivir es *crecer*, pero no logra un criterio destinado a establecer una jerarquía de las creaciones. En rigor, no hay sino una vida en forma de vivencias efímeras, muchas con su ilusorio penacho de símbolos inválidos. Estamos frente a un panteísmo ciego, el cual, en el mejor de los casos, sólo alcanza categoría de valor supremo el hecho mismo de crear y no la calidad de lo creado. La tapa de los libros vitalistas debería ostentar la imagen de la mutilada Victoria de Samotracia, puesto que la vida de los vitalistas es un esfuerzo, una impulsión pura. Se diría que esa vida tiene alas, pero carece de cabeza. La vida crea para crecer, y crece a espaldas de la conciencia humana, la cual, en definitiva, sólo sabe ir detrás de la vivencia. Si va delante, la mata. Lo consciente es el vivir que se ilumina a sí mismo pasivamente. Pero a la luz apenas si resulta espejo servil, jamás criterio de validez del vivir. Cabría preguntarse, empero, si el pensamiento de la vivencia no es distinto de la vivencia misma. Se nos ocurre que Nietzsche fue más consecuente al quitarle importancia a la conciencia intelectual. La convirtió en un mero epifenómeno de la vida, pues ésta, en su profunda inconsecuencia, sabe más que la conciencia. Sin embargo, a cualquiera se le ocurre que estas teorías, y no son otra cosa, suponen la autonomía de la conciencia, pues sólo ella es capaz de teorizar. Si no hubiera conciencia, la vida carecería de valor, puesto que sin ella no tendríamos ser alguno capaz de atribuirlo. ¿Acaso Keyserling no aspira a instaurar una libre creación del "acento" puesto que puede haber muchos acentos? El sentido —pretende Keyserling— no es cosa de la razón. Cuanto más creamos el sentido al reconocerlo. Pero, no juguemos con las palabras. Reconocerlo, quieras que no, implica admitirlo como preexistente al acto de ser reconocido. Todo esto es muy ambiguo. No se distingue bien entre descubrir y crear. Confieso que nunca he podido descubrir cómo Keyserling plantea el problema de la libre eficiencia humana en la evolución cósmica. Es éste el punto crítico de su filosofía. Sospecho que aquí se producirá la crisis del vitalismo contemporáneo, como ya lo he señalado en mi trabajo sobre "El problema ético en la filosofía contemporánea" (1925). Si descubrimos, y nada más, entonces la evidencia cabalga pasivamente sobre el *élan vital*; y si creamos, ¿cuál es el criterio del valor de la creación?

El vitalismo, tomado en términos absolutos, es incapaz de fundar una filosofía de los valores, puesto que, en definitiva, enerva la conciencia. Ciertamente Keyserling anhela vivamente fundar una filosofía de la libertad. En el mismo caso se halla Bergson, pero, juzgados estos autores no por lo que se proponen sino por lo que en realidad hacen, y atentos los postulados metafísicos del vitalismo, no es difícil inferir de sus tendencias profundas el más hosco fatalismo amoral, que no dejará de merecer este juicio aún cuando se trate de un fatalismo más o menos espiritualista. El error del vitalismo es creer que se demuestra la libertad humana, por el hecho de probar que la mecánica es cosa del intelecto. No sospechan que el mismo golpe aniquilador de la razón hiere de muerte la libertad. Tampoco es lícito creer que hay libertad simplemente porque se afirma el carácter creador de la evolución. ¿Acaso ésta no se manifiesta también en el mundo vegetal y animal y en las formaciones espontáneas de lo que Keyserling llama alma? La libertad es cosa del espíritu. Y el hecho de que el espíritu trabaje sobre un fondo de espontaneidades, así sean las más míficas, todo ello no excluye, dentro de los sistemas radicalmente vitalistas, instaurar la pasividad automática del espíritu humano.

VII

CRÍTICA. 1º de octubre de 1929

Dios

Estos autores nos invitan a colaborar con el esfuerzo creador del ser. La invitación es muy propia de los sistemas a base de panteísmo romántico, donde la personalidad humana es un episodio más o menos consciente del Dios que opera bajo ella. La ebriedad de lo divino no prueba, sin embargo, el valor intrínseco del ser que la experimenta. Se trata de un esfuerzo ilusorio, como el de la mosca que cree tirar del arado porque se colocó ufánamente sobre los cuernos del buey. Al menos si el individuo humano, frente al panteísmo, pudiera decir, como cierto señor, el cual, cada vez que su esposa tenía un hijo, informaba a sus amigos en estos términos: "hoy hemos dado a luz un chico...".

Keyserling, a menudo habla de Dios. ¿Cómo será la teogonía de Keyserling? Nada menos explícito al respecto que el pensamiento de este filósofo. Lo mismo le pasa a Bergson en su "Evolución creadora", donde con palabras maravillosamente sibílicas, elude hablar de Dios

en forma categórica. Parece, a veces, que se identifica el *élan vital* con la divinidad immanente. Todo esto no pasa de grandiosa vaguedad.

Semejantes consideraciones no nos impiden reconocer la buena parte de verdad descubierta por el vitalismo, pero a condición de no destruir la conciencia como energía autónoma. Keyserling es un apologista de la espontaneidad creadora. La genialidad, según Bergson, es un "golpe de sonda a la duración pura", en esa duración, en ese devenir concreto que escapa al racionalismo clásico. Grandes filósofos existen hoy, tanto idealistas como realistas, dispuestos a justipreciar la fecundidad del devenir vital, pero jamás adoptando actitudes paradójicamente misológicas. Es el caso de los alemanes, Scheler y Heidegger, etc., de los italianos Croce y Gentile, y también del hispano-norteamericano Santayana y nuestro querido amigo Ortega y Gasset.

¿Pero en verdad los misólogos del vitalismo son tan anti-intelectualistas como parece? ¿De dónde han sacado estos enemigos de la inteligencia los valores que preconizan con tanto brillo? Nótese la extraña paradoja en los vitalistas absolutos. Quieren a toda costa salvar la libertad, que ellos identifican con el espíritu de creación, y para eso derrumban el aspecto superiormente cognitivo de la conciencia humana. Si bien se mira, ni siquiera queda en pie la propia intuición, pues ésta, a poco que se la estudie en estos autores, se convierte en ilusorio esfuerzo creador, vale decir que la intuición pierde su carácter cognitivo para confundirse con la vida misma. Por eso todo acaba en delicuescencia retórica de la vida. En otros términos: —vivamos, dicen— lo cual, en última instancia, significa: dejarse vivir profundamente, logrando a go así como una técnica de la pasividad fecunda. Intuir sería crear viviendo. Pero, replicaremos, el esfuerzo consciente carecerá de sentido mientras no tengamos un sistema de valores al cual referir la voluntad de vida. Por eso los vitalistas son incapaces de justificar el anhelo de libertad, pues no se comprende cómo esta libertad pueda ser un valor. La conservación de la libertad en valor sólo puede ser obra de filosofías inmu- nes de espíritu anti-intelectualista.

VIDENCIA

Keyserling profesa una filosofía que, según él, no es un sistema, puesto que no está dispuesto a tolerar que su vitalidad fluyente y creativa se petrifique en sistema. Y para justificar su punto de vista ha escrito múltiples volúmenes ricos de ideas. ¿Qué diría Keyserling si le aplicáramos a su ideología su propio método de interpretación sim-

bólica? No nos quedaría más remedio que tenerla por una ingeniosa expresión de sus vivencias personales, o sea como uno de los tantos efímeros caprichos dialécticos de un fragmento del cósmico *élan vital* que juega a través de la eminente personalidad del Sr. Conde Keyserling. ¿Decir que todo es vivencia acaso eso es evidencia? Si el pensamiento es vivencia, ésta debe tener caracteres muy especiales. Lástima que los vitalistas sean tan poco explícitos cuando se proponen determinar los caracteres específicos de la especialísima vivencia llamada pensamiento humano. Si no se clarifica esta singular vivencia, resulta inútil toda tentativa filosófica. La filosofía supone el valor a priori de su órgano específico, o sea de la razón, entendiéndose de tal o cual manera, pues no cabe confundir la razón con determinados sistemas racionalistas; en cambio, exaltan la vida pensada como acéfalo *élan vital*; es actitud que no prueba sino vehemente deseo de vivir, y nada más. Ya decía Nietzsche, desde su punto de vista, que la vida no es problema. Problematizarla equivaldría a corromperla. Verdad es que él tampoco dejó de problematizarla por el hecho de haber distinguido entre vida ascendente y vida descendente. Tampoco nos dijo cuál era el criterio de la excelencia. El vitalismo, de ser consecuente, debiera limitarse a preconizar el patetismo del vivir sin norma. Evidentemente, Keyserling no predica semejante cosa. Sólo juzgamos su filosofía no por la letra sino por su espíritu, lo cual, por otra parte, es método muy acorde con el de Keyserling. Ya hemos visto cuánto difiere de Nietzsche y de Spengler. No cabe negar que el superhombre que Keyserling exalta está hecho no de pujanza biológica, sino más bien de interioridad espiritual. Pero, si bien se observa, todo se reduce a domesticar al "bello animal bruto hiperbóreo". En una palabra: quiere ponerle frac al superhombre. Por mucho que el vitalismo pugne no podrá ser sino una verdad unilateral trocada voluntariamente en lírica hipérbole de la vida. No pasa, como hemos dicho, de ser una especie de pirronismo romántico, porque sólo afirma la vida y nada más que la vida. Es su única afirmación. Es ímpetu permanentemente creador. Todo lo demás no pasa de mascarada simbólica.

—¿Qué frutos puede dejar aquí la enseñanza de Keyserling?

—Buenos y malos, como es natural. Buenos, digo, porque en suma, la propaganda filosófica siempre es fermental, máxime cuando se la ejerce con el brillo y el talento de Keyserling. Pero, si hallara secuaces en espíritus semicultos podría suscitar una buena dosis de confusión

mental, a base de retórica vitalista. El percance será fácil en países de pobre tradición y sentimientos intelectuales. Cuando se le entiende a medias, el vitalismo acaba fatalmente en sensualidad y mala literatura. Recuérdese sino el influjo de Nietzsche en Sud América, hace veinte años, cuando se lo conoció a través del "Mercure de France" y de las traducciones publicadas por la biblioteca Sempere.

El zamarreo vitalista podría, en cambio, resultar más o menos útil en viejos países roídos por el abuso académico, vicio que carecemos, pues nos falta larga y sóida tradición cultural. Aquí el vitalismo fomentaría nuestro *natural* bárbaro desgaire por la inteligencia. ¿No se ve en la misma universidad, donde tirios y troyanos vociferan declaraciones reformistas o antirreformistas que por lo general implican el odio a la cultura superior? ¿No suele alegarse que lo urgente aquí es la acción, oligárquica, según unos, demofilia, al decir de otros? No es vitalismo lo que más necesitamos, puesto que somos vitalistas por temperamento. No regalemos agua al mar, ni naranjas al Paraguay. Profundo sentimiento de la cultura y disciplina mental, eso es lo urgente, en lo tocante a la política superior del espíritu. Bienvenido el vitalismo en lo que tiene de verdad, pero para tenerla deberá expeler el irracionalismo que lo corroe. Vitalismo, sí, pero vasallo fecundo de la varonía clásica, que es, ante todo, voluntad racional. Sin estas virtudes, inútil hablar de rigor ético ni de valor social de la verdad. Claro que al decir esto no me refiero a las consecuencias intencionales de la filosofía de Keyserling, quien es, sin duda, un gran espíritu. Aludo al posible aberrante destino de sus doctrinas, en estas tierras, donde, culturalmente, aún privan, a pesar de tanto progreso vegetativo y artístico, escapes de fondo espiritual primitivo. Como diría Keyserling, más que espíritu tenemos alma, y ya sabemos lo que él entiende por alma. Algo de esto ha visto cuando descubrió sonoramente la tristeza argentina. El hallazgo carece de novedad. Otros, nacionales y extranjeros, hablaron de nuestra tristeza. Pero la originalidad de Keyserling al respecto no se la busque en el diagnóstico sino en la explicación del fenómeno. Keyserling, hombre agudo en el arte de aprehender paisajes espirituales colectivos, no sólo ha descubierto nuestras tristezas sino también nuestra susceptibilidad y bonitamente nos presentó su dictamen en términos halagadores. Sabe que en Norte América se puede espetar un juicio áspero, sin que allí nadie se indigne demasiado. Muy otra cosa ocurre en Sud América. En el fondo, la opinión de Keyserling sobre nuestra psicología no es del todo encomiástica, aunque muchos se hayan derretido de grata impresión patriótica. ¿Cuál es la causa de nuestra tristeza? Somos tristes, dice

el filósofo especialista en vivencias colectivas, porque hemos puesto el acento de la vida sobre el aspecto pasivo del espíritu. Si mal no entiendo, y procuro entenderlo a través de su filosofía, aplicada por él al caso, —eso significa que somos muellemente sensuales y carecemos, por tanto, de estoico sentimiento de libertad espiritual. La *gana*, cosa muy argentina, según Keyserling, no es precisamente la voluntad. Estamos aún, agrega, demasiado cerca de la naturaleza. Nuestro espíritu es juguete de nuestra alma, lo cual de hablar en buen castellano, significa que no nos sobra espíritu... Los norteamericanos, en cambio, han puesto el acento sobre la voluntad, y nada más que sobre ella, es decir, a costa de otros aspectos de la vida humana, cayendo, por ende, en el activismo mecánico. Ello comporta la hipertrofia de los medios a costa de los fines. Nosotros, en cambio, no tenemos más peculiaridades que las creadas por seguridad telúrica.

¿Somos tristes?

No discutiré si somos tan tristes como cree Keyserling. Pero sospecho que el diagnóstico se hizo fundamentalmente a base de tangos, música penetrada de tristeza sensual. Esta lo mismo existe en el tango quejumbroso que en el alegre, pues semejante alegría abunda en rasgos de ironía canallesca, la cual es también amargura.

Cree Keyserling, además, que nuestra tristeza es irremediable. Para consolarnos nos receta trocarla en arte. Si el clínico resulta profeta, habremos encontrado la manera de instaurar una especie de catarsis criolla, puesto que la transfiguración artística del dolor es el mejor procedimiento para superarlo.

Como se ve, el diagnóstico de Keyserling, sin dejar de ser más o menos plausible, tiene su punta de humorismo, y así como en el juicio sobre Norte América es más duro en la forma que en el fondo, el juicio sobre la Argentina es más severo en el fondo que en la forma.

Para colmo de encanto lo emitió con acento de viva simpatía, lo que no debe sorprendernos, puesto que a Keyserling le entusiasman las maravillas de lo inconsciente profundo. Nadie mejor que él para escogitar el alma. Precisamente en este género de exploraciones es donde brilla el gran talento de Keyserling. Aquí reside su fuerza y también el defecto de su cualidad, y tal virtud sería ciertamente admirable si no tuviera tanta urgencia profética, si no se empeñara en disolver la filosofía en sabiduría.

Cultiva sus inclinaciones filosóficas con ingenio, a veces con verdadera profundidad, pero en definitiva exagera su tesis y mutila la filosofía. No sabe ser sabio sin aniquilar el intelecto aún cuando pretenda lo contrario. Cree que la sabiduría tiene como base el anti-intelectualismo. Sin embargo, se podría probar que la filosofía siempre implica sabiduría, no obstante se trate de la filosofía más intelectualista. Nadie ignora, por ejemplo, que el más abstracto de los racionalistas, Espinoza, dio el título de ética a su *Metafísica*, obra escrita al modo geométrico, precisamente para saber cómo debía vivir.

VIII

CRÍTICA, 2 de octubre de 1929

Predomina en Keyserling el psicólogo y el artista, calidades frecuentes en los corifeos del vitalismo. Adora lo concreto espiritual y el mundo de la espontaneidad. Tiene, como antes dije, un talento hecho especialmente de hiperestesia mental. Es un espíritu femenino potenciado por un carácter viril.

Cree que no hay más fuente de conocimiento que la percepción empírica. Siente con tanta energía el hecho, lo concreto que, en cuanto lo percibe, herido por él, estalla el juicio dogmático, aunque siempre sugestivo.

Esta impetuosidad mental explica sus absurdos, tanto como los frecuentes rasgos de profundidad, aún cuando su profundidad sea informe tocante a las ideas cardinales. Constantemente coloca su espíritu en actitud de paradoja. No teme la arbitrariedad, siempre que ella quiebre una rutina. Si da con el absurdo, esto a él le resulta paradoja, cosa que, por lo demás, tanto place a su naturaleza de humanista romántico. Todos sus libros y conferencias dan la impresión de una cerrada descarga de sofismas inductivos, generalmente agudos. Por ello, los hallazgos de Keyserling, resultan siempre fecundos, pues, quieras que no, aunque no logre nuestra adhesión, nos obliga, por lo menos, a trocar en problema los intrépidos juicios del filósofo y las creencias del lector u oyente.

Los libros de Keyserling contienen páginas magistrales de psicología de lo que él llama alma. El valor de sus observaciones es independiente, hasta cierto punto, de sus doctrinas vitalistas, aún cuando ellas, de alguna manera, dirigen y estimulan la búsqueda filosófica;

pero esto a mi modo de ver, no exige profesar un vitalismo radical, o sea hostil a la inteligencia. Con todo, no intentamos separar demasiado a' filósofo del psicólogo.

HIJO DE NUESTRA ÉPOCA

El vitalismo intuicionista contemporáneo es ideología y decadencia. Se diría que algunos pensadores, hartos de conceptualismo inconcluyente, de puros artistas y voluptuosos de vivencias inéditas, se dan a soñar con un tipo de conocimiento libre de elemento abstracto. Díjose de Bergson que era un Rousseau de la gnoseología. Este, en efecto, repudió el intelectualismo de academia y de salón, preconizando, en cambio, el contacto directo con la naturaleza. Los vitalistas, también sueñan con una arcadía metafísica, donde la vida fluyera incontenible y opulenta en toda su fuerza para construir, así, un optimismo, aún cuando se trate, en suma, de un optimismo amablemente siniestro atenta la esencia trágica de la vida.

Pero no nos hagamos ilusiones. Este antiintelectualismo es propio de la fatiga cultural del dolor de las antinomias del pensamiento de una filosofía propia de épocas de civilización más que de cultura, como diría un Spengler. Nos entregamos a la intuición después de mucho quebranto racionalista. Como Don Quijote, que harto de palos, deja la caballería y se hace pastor, del mismo modo los vitalistas, después de bregar infructuosamente con las antinomias del conceptualismo, se dedican a soñar con la vitalidad pura, con la vida en sí. Pero, lo grave, es que llegan a esta vitalidad después de una época de cansancio intelectualista y en épocas de decrepitud filosófica. Se trata simplemente de un nuevo refinamiento, de un muy cerebral refinamiento. Son como esos Don Juanes ancianos que se dedican a paladear químicas virginidades. Los vitalistas absolutos son, en efecto, algo así como los viejos verdes de la filosofía. Sólo que los hay muy gallardos. .

Keyserling es genuino hijo de nuestra época confusa. El quiere clarificarla. No puede negarse que logra en parte su objeto, pero nada aclara tanto nuestro tiempo como el espectáculo mismo de la espiritualidad de Keyserling.

Nos recuerdan algunas figuras de filósofos profanamente apostólicos, surgidas durante la primera mitad del siglo XIX. También entonces era época de crisis espiritual, provocada por la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Desengaños dejados por la utopía, conatos de reacción, pseudo-religiosidad, afán de construir síntesis entre

lo nuevo y lo viejo, etc., todo ello suscitó el propósito de atribuir a la filosofía inmediata función organizadora. Una de las figuras arquetípicas de este movimiento fue Augusto Comte, el cual —pido disculpa por la analogía— tanto se parece a Keyserling como Comte construyó una mística social a base de tosca politécnica. Es el misticismo de un mecánico. En cambio, el de Keyserling es el de un biólogo. Tiene éste una naturaleza espiritual más delicada y profunda que el francés, el cual era pésimo escritor. Ya dijo Renán que Comte había escrito lugares comunes en mala prosa francesa. Entre ambos filósofos hay un evidente punto de contacto; el prurito apostólico y la conversión de la filosofía en sabiduría, lo que, en el fondo, implica esa actitud pragmática a costa de la especulación filosófica. Keyserling podía creer, como Comte, que es menester pasar de las “épocas críticas” a las “orgánicas”, de ahí su propósito de orientarnos. No pierde oportunidad para hacernos el regalo de una nueva fe. Con este fin, golpea todas las puertas de nuestro tiempo, y en verdad que a veces le abren. Enseguida se instala en la casa y dispone de ella, afanoso de arreglarlo todo y garantizar el porvenir. ¿Orienta de veras? En general, quizás, sí. Permítaseme una comparación, que no implica desmedro para la personalidad del filósofo. En realidad, la crítica va contra el prurito escatológico, magüer se trate de una escatología por entregas a corto plazo.

PROFECÍAS

Años ha, disfrutaba Buenos Aires de algunos exóticos tipos de vigilantes. Los había gallegos, napolitanos, etc. Conocí uno que era turco. Desempeñaba su cargo con una conciencia pomposa y amable. Un enorme y bien arquitectado bigote negro subrayaba esa actitud. Recuerdo que una vez alguien, extranjero acaso, le preguntó por cierta calle. El agente, gesticulante y cordialmente palmoteador, a la vez que gritón y alharacuento en su media lengua criolla, indicó cierta meta. El transeúnte agradeció, un tanto confuso, alejándose del vigilante servicial. En parte para liberarse de la exuberancia del cicerone, y en parte porque creía haber entendido. Naturalmente, a las pocas cuerdas el preguntón no sabía dónde estaba. Lo único que el preguntón había logrado sacar en limpio entre el tumulto verbal del vigilante, era la necesidad de dirigirse hacia el Norte. Como se comprende, el dato resultaba por demás genérico. El transeúnte, a poco andar, hizo las mismas preguntas a otro vigilante, que hablaba con toda claridad. Este contestó que la calle aludida no existía, y de existir era, quizás, muy nueva, o de lo contrario,

conviene admitir que la Municipalidad la tiene en proyecto... Análogo percance puede ocurrirnos cuando queremos columbrar los tiempos futuros. De ellos no conocemos sino la vaga imagen construida por Keyserling, que no es sino el futuro soñado por él, lo cual prueba cuán simpática es la teoría de Keyserling sobre la libre colocación del acento. Ello implica que profetizar puede ser una manera de contribuir a la creación de lo que se vaticina. La teoría es consoladora, pues limita la ceguedad del *fatum*, así se trate de un futuro vitalista. Muy discutibles surgen las profecías de Keyserling, pero no está probado que las haya mejores. En todo caso, no cabe sino culpar al género, difícil de suyo, y que no da para más. Gracias con que los profetas logren explicar algo del presente y del pasado. Es lo que hace Keyserling con un brillantísimo talento de psicólogo, poeta y animador del alma contemporánea.